

La inesperada verdad sobre los animales

www.elboomeran.com

Lucy Cooke

La inesperada verdad sobre los animales

Un zoológico de incomprendidos

Traducción de Francisco J. Ramos Mena



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
The Unexpected Truth About Animals
Doubleday
Londres, 2017

Ilustración: © lookatcia

Primera edición: septiembre 2019

Diseño de la colección: lookatcia.com

© De la traducción, Francisco J. Ramos Mena, 2019

© Lucy Cooke, 2017

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2019
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-6441-0
Depósito Legal: B. 17945-2019

Printed in Spain

Reinbook serveis gràfics, sl,
Jonqueres, s/n, Pol. Ind. Molí de la Potassa,
08208 Sabadell

*A la memoria de mi padre,
que me abrió los ojos a las maravillas del mundo natural*

INTRODUCCIÓN

«¿Cómo pueden existir animales tan inútiles como los perezosos?»

Como zoóloga y fundadora de la Asociación de Amigos del Perezoso, esta es una pregunta que me formulan muchas veces. En ocasiones lo de «inútiles» se define con mayor precisión, añadiendo otros términos entre los que «indolentes», «estúpidos» y «lentos» figuran como perpetuos favoritos; otras veces la pregunta viene acompañada de una apostilla —«Yo creía que la evolución tenía que ver con la “supervivencia de los *más aptos*”»— proclamada con cierto aire de perplejidad o, lo que es peor, con cierto tufillo de petulancia propio de una especie superior.

Cada vez que esto sucede, yo respiro profundamente, y, con todo el aplomo que soy capaz de reunir, explico que los perezosos no son en absoluto unos inútiles. De hecho, constituyen una de las creaciones más peculiares de la selección natural, y una que, por si fuera poco, además ha tenido un éxito fabuloso. Puede que merodear furtivamente por las copas de los árboles apenas más deprisa que un caracol, andar cubiertos de algas e infestados de insectos y defecar tan solo una vez a la semana no sea precisamente la idea que tiene el lector de una vida módica; pero ninguno de nosotros tiene que intentar sobrevivir en las extremadamente competitivas junglas de América Central y del Sur, algo que al perezoso se le da bastante bien.



Me encantan los perezosos. ¿Y a quién no iba a gustarle un animal nacido con una sonrisa permanente en el rostro y el deseo de abrazar?

Cuando se trata de entender a los animales, el contexto es fundamental.

El secreto de la extraordinaria resistencia de los perezosos es su naturaleza letárgica. Constituyen un auténtico modelo de vida hipoenérgica, con una serie de ingeniosas adaptaciones de ahorro de energía perfeccionadas a lo largo de muchos milenios y dignas del más excéntrico y dotado inventor. No voy a enumerar aquí la lista completa: el lector podrá leer en el capítulo 3 todo lo relativo al innovador tipo de vida «patas arriba» del perezoso. Baste decir que personalmente siento una especial debilidad por los desvalidos.

La reputación de este animal se hallaba lo bastante mancillada como para sentirme obligada a fundar la Asociación de Amigos del Perezoso (nuestro lema: «Ser veloz está sobrevalorado»). También di una serie de charlas sobre la inesperada verdad acerca de esta criatura tan denigrada en varios festivales y escuelas. En ellas rastreaba el origen de la mala fama del perezoso, que me llevó hasta una camarilla de exploradores del siglo XVI a

quienes no se les ocurrió otra cosa que calificar a este tranquilo y pacífico vegetariano como «el [animal] más torpe que se puede ver en el mundo».¹ Este libro surgió precisamente de aquellas charlas y de la necesidad de poner las cosas en su sitio; no solo en el caso del perezoso, sino también en los de otros animales.

Tenemos la costumbre de ver el reino animal a través del prisma de nuestra propia y más bien limitada existencia. El estilo de vida arborícola del perezoso resulta lo suficientemente extraterrestre como para hacer de él una de las criaturas más incomprendidas del mundo, pero no está solo ni mucho menos en esta categoría. La vida adopta una soberbia multitud de formas extrañas, y hasta las más simples requieren una interpretación compleja.

La evolución ha gastado algunas bromas tremendas modelando criaturas inverosímiles con una aparente falta de lógica y muy pocas y preciadas pistas para explicarse. Mamíferos como el murciélago, que quieren ser pájaros. Aves como el pingüino, que quieren ser peces. Y peces como la anguila, cuyo enigmático ciclo vital desencadenó una búsqueda de sus gónadas ausentes que se prolongó durante dos mil años y que llevó al hombre al límite absoluto de su capacidad; un precipicio a cuyo borde todavía se asoman los científicos que estudian a esta criatura. Los animales no revelan sus secretos fácilmente.

Considérese el caso del avestruz. En febrero de 1681, el brillante erudito británico Sir Thomas Browne le escribió una carta a su hijo Edward, médico de la corte real, pidiéndole un favor algo inusual. Edward había entrado en posesión de un avestruz, uno de los varios que el rey de Marruecos había regalado al monarca Carlos II. Sir Thomas, que era un entusiasta naturalista, estaba fascinado por aquel gran pájaro extranjero y ansioso de que su hijo le enviara noticias de sus hábitos. ¿Se muestra en actitud alerta como un ganso? ¿Se deleita con la acedera pero retrocede ante las hojas de laurel? ¿Y come hierro? La mejor manera de averiguar esta última cuestión, le sugería

servicialmente a su hijo, era envolver primero el metal con cierta cantidad de masa (formando una especie de rollo de hojaldre con una ferruginosa salchicha dentro), ya que «es posible que no se lo tome solo».²

Este zoológico intercambio de recetas tenía un propósito decididamente científico: Browne quería comprobar la veracidad del antiguo mito de que los avestruces podían digerir absolutamente cualquier cosa, hasta el hierro. Según un estudioso medieval alemán, el gusto del avestruz por las cosas fuertes era tal que la cena de dicha ave «consiste en una llave de puerta de iglesia y una herradura».³ Cuando los emires y exploradores de África empezaron a ofrecer avestruces a las diversas cortes europeas, varias generaciones de entusiastas filósofos naturales alentaron a aquellas extrañas aves a ingerir tijeras, clavos y toda una serie de variados artículos de ferretería.

A primera vista, esta experimentación parece demencial, pero a poco que profundicemos veremos que esa locura entraña un método (científico). Los avestruces no pueden digerir el hierro, pero se ha observado que son capaces de tragarse piedras grandes y afiladas. ¿Por qué? El ave más grande del mundo se ha convertido en un herbívoro algo inusual, cuya dieta habitual de herbáceas y arbustos resulta difícil de digerir. Y a diferencia de sus homólogos masticadores de plantas de las llanuras africanas, la jirafa y el antílope, los avestruces carecen de un estómago de rumiante. Ni siquiera tienen dientes. Por el contrario, tienen que arrancar las hierbas del suelo con el pico y tragárselas enteras. Luego utilizan la cantera de piedras irregulares que almacenan en su musculosa molleja para triturar su fibrosa cena hasta convertirla en trozos más digeribles. Pueden traquetear por la sabana hasta con un kilogramo de piedras en el estómago (los científicos les dan más empaque llamándolas «gastrolitos»).

Una vez más, entender al avestruz es una cuestión de contexto. Pero también debemos entender el contexto de los científicos que durante siglos han estado hurgando en busca de la verdad sobre los animales. Como tal, Browne es solo un miem-

bro del gran elenco de idiosincrásicos obsesivos que el lector tendrá oportunidad de conocer en las páginas de este libro. Está el médico del siglo XVII que trató de crear sapos por generación espontánea metiendo un pato en un montón de estiércol (una antigua receta para crear vida). Hay también un sacerdote católico italiano cuyo nombre recuerda a los malos de las películas de Bond y cuyas acciones tampoco les van a la zaga: Lazzaro Spallanzani blandió unas humildes tijeras en nombre de la ciencia, ya fuera para adaptar unos diminutos calzones a la medida de sus animales-cobaya, o para cortarles las orejas.

Aunque estos dos hombres fueron un producto de los primeros tiempos de la Ilustración, también en época más reciente los científicos han optado por seguir métodos extraños, y a menudo desacertados, en su búsqueda de la verdad, como en el caso del psicofarmacólogo estadounidense del siglo XX cuya curiosidad le indujo a llevar a un rebaño de elefantes a un estado extremo de embriaguez, con resultados consecuentemente demenciales. Cada siglo ha tenido a sus propios excéntricos a la hora de experimentar con animales, y sin duda habrá muchos más. Los humanos hemos desintegrado el átomo, conquistado la Luna y detectado el bosón de Higgs, pero en lo que se refiere a entender a los animales todavía nos queda un largo trecho por recorrer.

Me siento especialmente fascinada por los errores que hemos cometido por el camino y los mitos que hemos creado para llenar las lagunas de nuestro conocimiento. Ambos dicen mucho sobre la mecánica del descubrimiento y sobre los propios descubridores. Cuando Plinio el Viejo explicó que la piel del hipopótamo secretaba un licor carmesí, echó mano de aquellas explicaciones que le resultaban familiares –las de la medicina romana–, e imaginó que el animal se sangraba a sí mismo para mantenerse sano. Era lógico que así lo hiciera, puesto que era un hombre de su tiempo. Se equivocó, pero la auténtica explicación de la exudación escarlata del hipopótamo resulta igual de extraordinaria que el antiguo mito; y, en efecto, está relacionada con la automedicación.

He descubierto que la disección de nuestros mayores mitos con respecto a los animales suele poner de manifiesto una lógica encantadora que nos transporta a épocas de maravillosa ingenuidad en las que se sabía poco y todo era posible. ¿Por qué demonios las aves no podrían emigrar a la Luna, las hienas cambiar de sexo con la estación y las anguilas surgir del cieno por generación espontánea? Máxime cuando la verdad, como descubriremos, no resulta menos increíble.

Los mitos más absurdos sobre los animales surgieron tras la caída del Imperio romano, cuando, en la Edad Media, el cristianismo secuestró la naciente ciencia de la historia natural. Fue el apogeo de los bestiarios: aquellos primeros compendios sobre el reino animal estaban llenos de doradas ilustraciones y sesudas descripciones de bestias exóticas que iban desde los camellos-gorrión (avestruces) hasta los leopardos-camello (jirafas), pasando por los obispos de mar o peces-obispo (mitad pez, mitad clérigo, y todo fantasía). Pero los bestiarios no eran precisamente el resultado de un compromiso profundo por investigar la vida de los animales; lejos de ello, todos se adornaban a partir de una única fuente: un manuscrito del siglo XIV conocido como el *Physiologus*, que mezclaba el folklore con una pizca de realidad y una elevada dosis de alegoría religiosa. El *Physiologus* se convirtió en el equivalente medieval de un gran bestseller (solo superado en su época por la Biblia) y fue traducido a varias docenas de idiomas, difundiendo absurdas leyendas sobre animales desde Etiopía hasta Islandia.

Los bestiarios constituyen una lectura fabulosamente subida de tono, con mucha palabrería sobre sexo y pecado, que debió de hacer las delicias de los monjes que los transcribieron e ilustraron para las bibliotecas eclesíásticas. Hablaban de criaturas extraordinarias: la comadreja, que concibe por la boca pero da a luz por la oreja; el bisonte (o *bonnacon*, como se le conocía entonces), que escapa del cazador emitiendo una ventosidad «tan pestilente que sus atacantes se ven obligados a retirarse llenos de confusión» (¿a quién no le ha ocurrido?); o el ciervo, cuyo pene tiene el hábito de desprenderse tras los episodios de



*En la Edad Media era una creencia común que todo animal terrestre tenía su equivalente en el mar: el caballo y el caballito de mar; el león y el león marino; el obispo y... el «obispo de mar». Este escamoso clérigo, descrito en la obra de Conrad von Gesner *Historiae animalium* (1558), fue supuestamente avistado frente a las costas de Polonia, aunque más bien parece recién salido del plató de la serie Doctor Who.*

excesos carnales.⁴ Tales relatos contenían algo más que unas pocas lecciones que había que recopilar y transmitir a los rebaños de feligreses. Al fin y al cabo, Dios había creado a todos los animales, y solo uno –la humanidad– había perdido su inocencia. La función del reino animal, a ojos de los escribas, era servir de ejemplo a los seres humanos. De modo que, en lugar de cuestionar si había algo de verdad en las descripciones del *Physiologus*, se limitaban a buscar las características humanas de los animales y los valores morales que Dios había ocultado en su comportamiento.

Esto hace que algunos de los animales de los bestiarios resulten casi irreconocibles. Así, por ejemplo, se elogiaba a los elefantes por ser las más virtuosas y sabias de las bestias, tan «apacibles y mansos» que incluso se les atribuía el mérito de tener su propia religión.⁵ Se decía que tenían un «gran odio» a

los ratones, pero un amor tan profundo por su territorio que solo pensar en su tierra natal les llevaba a deshacerse en llanto.⁶ En lo relativo a la fornicación eran «de lo más casto», permaneciendo con sus parejas de por vida; y era una vida muy larga, puesto que duraba trescientos años.⁷ Eran tan reacios al adulterio que castigaban a los individuos a los que pillaban cometiéndolo. Todo ello no podría por menos que sorprender a nuestro elefante medio, que disfruta de una vida sexual decididamente polígama.

El impulso de buscar nuestro reflejo en los animales e imponerles juicios morales se prolongó hasta bien entrada la nueva época ilustrada. Probablemente el mayor pecador en ese sentido, y la principal estrella del presente volumen, sea el célebre naturalista francés Georges-Louis Leclerc, conde de Buffon. El pomposo conde fue una destacada figura de la revolución científica que luchó, de manera algo paradójica, por sacar a la historia natural de la sombra de la Iglesia. Pese a ello, su épica enciclopedia en cuarenta y cuatro volúmenes es una obra hilarantemente mojigata, gracias a una prosa deliciosamente inflada que, al más puro estilo de la mayoría de los textos de ciencias de la época, parece más una novela romántica que un análisis científico. Sus mordaces y despectivas observaciones acerca de aquellos animales cuya vida desaprueba, como nuestro amigo el perezoso (también conocido como «la forma más baja de existencia», según el aristócrata francés), resultan casi tan graciosamente inexactas como su exagerada adoración por las criaturas a las que ensalza.⁸ Una de sus bestias preferidas era el castor, cuyo duro trabajo, como descubrirá el lector, le haría llegar a perder la cabeza, convirtiendo al gran Buffon en algo que, una vez descubierta la verdad, le hace parecer más bien un bufón.

Tales impulsos antropomorfos persisten todavía hoy. Los pandas nos resultan tan conmovedoramente «monos» que suscitan un impulso innato a cuidar de ellos que nos nubla el jui-

cio. Queremos creer que no son sino unos osos tontos y asezuados que no pueden sobrevivir sin nuestra intervención, en lugar de lo que realmente son: unos veteranos supervivientes con una feroz dentellada y cierta predilección por el turbulento sexo en grupo.

Estudié zoología en la década de 1990 bajo la batuta del gran biólogo evolucionista Richard Dawkins, y aprendí un método de concebir el mundo basado en las relaciones genéticas entre especies; esto es, en cómo su grado de afinidad influye en su comportamiento. Parte de lo que aprendí entonces ya se ha visto superado por diversos avances recientes, que revelan que el *modo* como se lee un genoma a nivel celular puede ser al menos tan importante como su contenido (de ahí que podamos compartir el 70 % de nuestro ADN con un gusano bellota y, sin embargo, resultar mucho más divertidos en una cena). Lo menciono para aclarar el hecho de que cada generación –incluida la mía– cree que sabe más sobre los animales que sus predecesoras, y, sin embargo, todavía nos equivocamos con frecuencia. Gran parte de la zoología es poco más que una serie de conjeturas formuladas con cierta base.

Con la moderna tecnología estamos mejorando tales conjeturas. Como productora y presentadora de documentales de historia natural, he recorrido el mundo y obtenido un acceso privilegiado a algunos de los científicos más consagrados a extraer la verdad de la mina del descubrimiento. He conocido a una investigadora dedicada a evaluar el cociente intelectual de los animales en la reserva del Masái Mara; a un promotor de porno panda en China; a la inventora inglesa de un «culómetro» para perezosos (que realmente tiene un propósito científico), y a la escocesa autora del primer diccionario de chimpancé del mundo. He perseguido a alces borrachos, mordisqueado «testículos» de castor, saboreado afrodisiacos a base de anfibios, saltado de lo alto de un risco para volar con los buitres e intentado hablar algunas palabras del lenguaje de los hipopótamos (aunque no todas a la vez). Estas experiencias me han abierto los ojos a numerosas y sorprendentes verdades sobre los animales y sobre el

estado actual de la ciencia que los estudia. El presente volumen constituye mi intento de compartir esas verdades con el lector, de recopilar los principales malentendidos, errores y mitos en los que hemos incurrido con respecto al reino animal, tanto si proceden del gran filósofo Aristóteles como si lo hacen de los hollywoodianos descendientes de Walt Disney, y de crear mi propio zoológico de incomprensidos.

Abra su mente, pues, a estos increíbles relatos; pero no espere que todos sean ciertos.

CAPÍTULO 1



ANGUILLA

Género *Anguilla*

No hay ningún animal cuyo origen y existencia suscite tal número de falsas creencias y fábulas ridículas.¹

LEOPOLD JACOBY,
«La cuestión de la anguila», 1879

A Aristóteles le desconcertaban las anguilas.

No importa cuántas de ellas abriera el gran pensador griego: era incapaz de encontrar rastro alguno de su sexo. Todos los demás peces que había examinado en su laboratorio de la isla de Lesbos tenían huevos fácilmente detectables (y a menudo absolutamente deliciosos) y testículos visibles, aunque internos. Pero la anguila parecía ser completamente asexual. De modo que, cuando Aristóteles se puso a escribir sobre ella en su tratado pionero sobre los animales, en el siglo IV a. C., el más metódico de los filósofos naturales se vio obligado a concluir que la anguila «no procede ni de una pareja ni de un huevo», sino que, en lugar de ello, nacía de las «entrañas de la tierra», emergiendo espontáneamente del lodo; él creía que esas huellas en forma de gusano que a veces vemos en la arena mojada eran embriones de anguila emergiendo del suelo.²

Aristóteles fue el primer auténtico científico y el padre de la zoología. Realizó agudas observaciones científicas sobre cientos de criaturas, pero personalmente no me sorprende que se dejara burlar por las anguilas. Estos resbaladizos personajes mantienen sus secretos especialmente bien guardados. La idea de que emergen de la tierra resulta fantástica, pero no más que la verdad, dado que la denominada anguila común, *Anguilla anguilla*, inicia su vida como un huevo suspendido en las profundidades de un bosque submarino del mar de los Sargazos,

la parte más profunda y más salada del Atlántico. Cuando apenas es una brizna de vida no mayor que un grano de arroz, inicia una odisea que se prolongará hasta tres años y la llevará a los ríos de Europa, durante la cual experimenta una transformación tan radical que podría compararse a que un ratón se convirtiera en un alce. Luego pasa varias décadas viviendo en el lodo y engordando, solo para repetir su extenuante viaje de 6.000 kilómetros de regreso a su oscuro seno oceánico, donde desova en los sombríos recovecos de la plataforma continental y luego muere.

El hecho de que la anguila solo alcance la madurez sexual después de su cuarta y última metamorfosis, prácticamente al final de esa vida tan peculiar, ha contribuido a oscurecer sus orígenes y le ha otorgado un estatus mítico. Durante siglos, la tarea de desentrañar el misterio ha enfrentado a unas naciones con otras, ha llevado al hombre a los más remotos confines oceánicos, y ha atormentado a algunas de las mejores mentes de la historia de la zoología, dado que todos parecían competir entre sí a la hora de inventar la teoría más descabellada para explicar la génesis de la anguila. Pero, por muy extravagante que fuera, ninguna de ellas podía equipararse a la verdadera historia de la anguila común, que es cualquier cosa menos ordinaria: un extraordinario relato en el que intervienen nazis hambrientos de anguilas, obsesivos buscadores de gónadas, pescadores armados hasta los dientes, el más famoso psicoanalista del mundo... y yo misma.

De niña, también yo estaba algo obsesionada con las anguilas. Cuando tenía unos siete años mi padre enterró una vieja bañera victoriana en el jardín, y transformar aquella tina estéril para la ablución humana en el perfecto ecosistema acuático de una charca pronto se convirtió en mi principal pasatiempo. Yo era una niña un tanto friki, y me tomé muy en serio la misión. Cada domingo mi padre me llevaba a visitar las fosas de un humedal cercano, Romney Marsh, donde pasaba horas feli-

ces tratando de capturar cualquier forma de vida con una improvisada trampa animal subacuática que él me había confeccionado con un par de viejos visillos. Al final de la jornada volvíamos triunfantes, embriagados con el entusiasmo de los exploradores victorianos y con nuestro botín chapoteando en la parte trasera de su vieja y pequeña camioneta, listo para ser identificado e introducido en mi acuoso reino. Los animales venían por parejas: ranas, tritones, espinosos, girínidos y guérridos se unieron todos ellos a la fiesta de mi bañera. Por desgracia, no ocurría lo mismo con las anguilas. Mi fiel red las recogía adecuadamente, pero intentar transferir sus viscosos cuerpos al cubo era como tratar de retener agua entre las manos. Cada vez que cogía una se me escapaba y se deslizaba a la seguridad de la tierra, actuando más como una serpiente que como un pez fuera del agua. Eran criaturas esquivas, y capturarlas se convirtió en mi Santo Grial.

Lo que yo no sabía era que, de haber tenido éxito en mi misión, las anguilas habrían puesto fin a la agradable fiesta de mi charca comiéndose a todos los demás invitados. Las anguilas pasan la fase de su vida que transcurre en agua dulce comportándose como boxeadores profesionales que necesitaran ganar peso para una pelea de campeonato; en su caso, preparándose para el largo viaje de regreso al mar de los Sargazos, donde se reproducirán. Para lograr ese objetivo se comen todo lo que se mueve, incluyendo las unas a las otras. Su voraz apetito se puso de manifiesto en un terrible experimento realizado en París por un par de científicos franceses a finales de la década de 1930. Los investigadores colocaron a un millar de angulas –como se denomina a las anguilas jóvenes, de hasta unos ocho centímetros de largo– en un tanque de agua. Se las alimentó diariamente; pero, aun así, al cabo de un año solo quedaban setenta y una anguilas, que ahora habían triplicado su tamaño. Tres meses más tarde, después de lo que un periodista local calificara como «escenas diarias de canibalismo», solo quedaba una única campeona: una hembra que medía unos 33 centímetros de longitud.³ Siguió viviendo sola otros cuatro años, hasta que fue ac-

cidentalmente asesinada por los nazis, que sin querer cortaron su suministro de gusanos durante su ocupación de París.

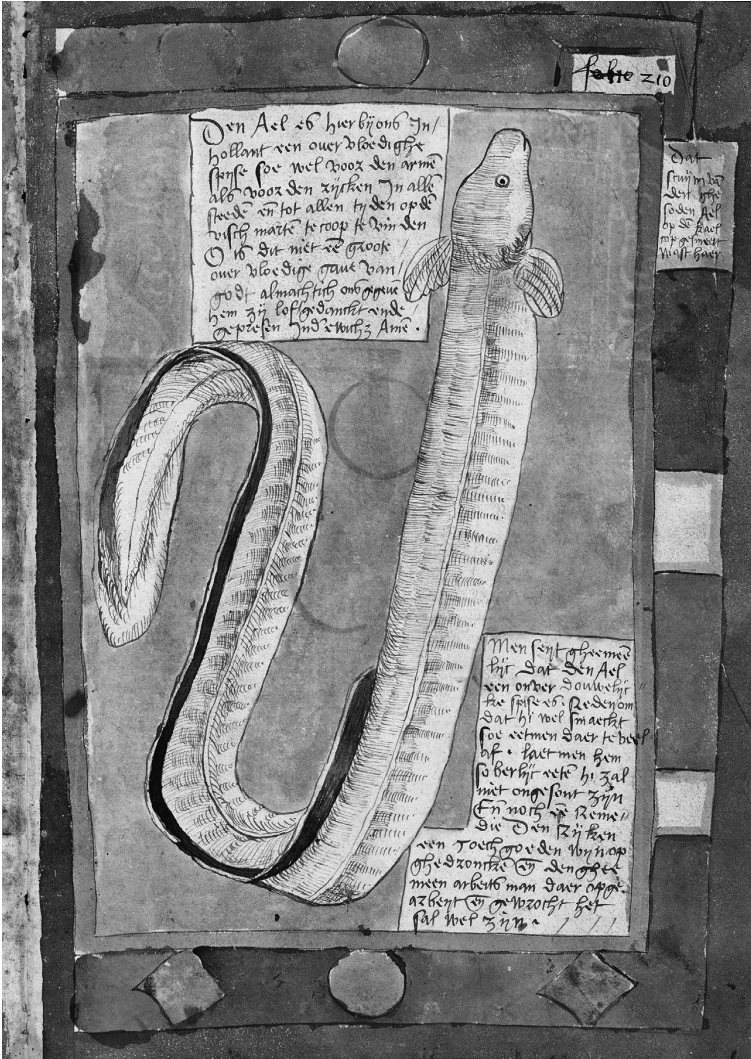
Este relato de terror habría sorprendido a las pasadas generaciones de naturalistas, que creían que la anguila era un benigno animal vegetariano con una especial debilidad por los guisantes; hasta el punto de que se decía que abandonaban su mundo acuático para ir en busca de sus jugosas legumbres favoritas en tierra. Tales historias eran cortesía de un monje dominico del siglo XIII llamado Alberto Magno, que en su obra *De animalibus* («Sobre los animales») señalaba: «La anguila también sale del agua por la noche allí donde puede encontrar guisantes, judías y lentejas.»⁴ La dieta hippie de la anguila todavía era moneda corriente en 1893, cuando se publicó *A History of Scandinavian Fishes* («Historia de los peces escandinavos»), que adornaba las «observaciones» del monje con deliciosos efectos sonoros. La hacienda de la condesa de Hamilton se vio invadida por anguilas que devoraban sus legumbres con «un sonido chasqueante, como el que hacen los cochinitos cuando comen».⁵ Aunque probablemente carecieran de los modales apropiados, las anguilas de la viuda formaban un banco adecuadamente exigente que «solo consumía la piel suave y jugosa» y descartaba el resto. Si bien es cierto que las anguilas pueden sobrevivir la extraordinaria cantidad de cuarenta y ocho horas fuera del agua, gracias a su piel viscosa y transpirable —una adaptación que les permite saltar de las charcas en busca de agua en épocas de sequía—, las historias relativas a sus extravagancias chasqueando los labios y robando guisantes resultan absolutamente delirantes.

La glotona época de agua dulce de la anguila se traduce en un impresionante aumento de tamaño, aunque quizá no tanto como el antiguo naturalista nos haría creer. Los peces siempre han dado lugar a exageraciones, como en los típicos relatos de pescadores acerca del «pez que se me escapó». Aun así, la afirmación que hace el gran naturalista romano Plinio el Viejo en su épico volumen *Naturalis historia*, de que las anguilas del río Ganges crecían hasta alcanzar los «treinta pies de largo» —unos 10 metros—, resultaba absolutamente descabellada incluso en

este trillado género de mentiras.⁶ Izaak Walton, autor de la biblia de la pesca del siglo XVII, *El perfecto pescador de caña*, exhibe algo más de moderación cuando describe una anguila capturada en el río de Peterborough afirmando que «medía una yarda y tres cuartos de largo», es decir, alrededor de 160 centímetros.⁷ Walton estaba dispuesto a defenderse de cualquier esceptico añadiendo, algo apresuradamente: «Si no me cree, vaya a verlo a una de las cafeterías de King Street, en Westminster» (donde sin duda disfrutaba tomando capuchinos y obsequiando a los clientes con historias sobre sus aventuras de juventud en el mar).⁸ Más moderadas eran las medidas que proporcionaba Jørgen Nielsen, del Museo Zoológico de Copenhague, tras examinar el cuerpo de una anguila procedente de un estanque rural de Dinamarca.⁹ Según le dijo a Tom Fort, autor de una obra que llevaba por título *The book of Eels* («El libro de las anguilas»), aquel espécimen de campeonato alcanzaba los 125 centímetros. Por desgracia, el resbaladizo monstruo había sufrido una muerte prematura cuando el dueño del estanque lo había pillado amenazando a sus amadas aves acuáticas ornamentales y había acabado con él con su pala.

Las anguilas que yo cogía eran bastante más pequeñas, no mucho mayores en longitud y en grosor que un lápiz. Sin duda estaban más cerca del inicio de la fase de su vida en agua dulce, que puede durar de seis a treinta años, aunque se sabe de algunas anguilas que han vivido mucho más tiempo. Un espécimen sueco al que se dio el nombre de Putte, atrapado en 1863 en las inmediaciones de Helsingborg cuando todavía era una angula y conservado luego en un acuario local, murió a los ochenta y ocho años de edad. Su llorada muerte contó con una extensa cobertura mediática, ya que su edad récord le había valido un estatus de celebridad al que normalmente no suele tener acceso un pez largo y viscoso.

Estas longevas anguilas han visto invariablemente frustrado su impulso de emigrar de regreso al mar por el hecho de mantenerlas cautivas, a menudo como mascotas. Puede que una anguila parezca una opción poco convencional como animal de



La anguila reproducida en el almanaque de peces de Adriaen Coenen (1577) es un auténtico monstruo que mide la friolera de «40 pies» (unos 12 metros), después de haber crecido tres metros desde que fuera descrita por el naturalista romano Plinio el Viejo.

compañía –desde luego, no especialmente agradable para acurrucarse junto a ella–, pero se decía que el autor romano Quinto Hortensio lloró especialmente la muerte de la suya, «a la que tuvo durante mucho tiempo y amaba enormemente».¹⁰ Todo ello me lleva a sentirme aliviada por no haber logrado capturar nunca una anguila, a la que podría seguir estando emocionalmente ligada todavía hoy.

Puede que la existencia en agua dulce de la anguila sea larga y voraz, pero constituye tan solo una de las numerosas vidas del pez (aunque la única evidente para mí y para un incontable número de otros naturalistas durante siglos). El hecho es que no proporciona pista alguna sobre el resto de su ciclo vital –su nacimiento, reproducción y muerte–, que se desarrolla sumida en el mar y adopta una serie de apariencias tan improbablemente alternativas que en el pasado dieron lugar a un intenso esfuerzo internacional, que duraría unos dos mil años, para localizar las gónadas de esta criatura, que al final resultarían estar en el lugar equivocado.

Aristóteles fue uno de los primeros en sentirse desconcertado por la génesis de este pez aparentemente asexual. Incorporó el origen de la anguila a su teoría de la generación espontánea, que aplicó generosamente a toda una ecléctica colección de bichos –desde moscas hasta ranas– cuya proliferación parecía inexplicable. Varios cientos de años después, Plinio el Viejo se tomó un respiro en la tarea de plagiar a sus antecesores griegos para ensayar sus propias e imaginativas ideas sobre la propagación de la anguila: propuso que esta se reproducía frotándose contra las rocas, y que «los fragmentos desprendidos cobran vida».¹¹ Confiando en tener la última palabra sobre el asunto, el naturalista romano concluyó con un magistral broche de oro: «Esa es la única forma en la que crían.» Pero la fricción asexual de Plinio no era en realidad más que mera ficción.

Durante los siglos siguientes, los rumores fantásticos sobre la reproducción de la anguila se propagaron como conejos. Se

decía que las anguilas surgían de las branquias de otros peces, del dulce rocío matutino (pero solo durante algunos meses) o de enigmáticas «perturbaciones eléctricas».¹² Cierta «reverendo obispo» declaró a la Royal Society que había visto nacer jóvenes anguilas del entramado de paja de un tejado.¹³ Los huevos, afirmó, habían permanecido adheridos a las cañas del techado y habían sido incubados por el calor del sol. No todos los naturalistas eclesiásticos tenían una mentalidad tan abierta con respecto a aquel tipo de dudosos relatos. En su *History of the Worthies* («Historia de los notables»), Thomas Fuller mostraba su desdén por la creencia, muy extendida en las zonas pantanosas de Cambridgeshire, de que las esposas ilícitas y los hijos bastardos de los sacerdotes se salvaban de la condenación adoptando la forma de una anguila. Eso, afirmaba, era claramente «mentira». Y como para subrayar la gravedad de la cuestión, añadía en tono sentencioso: «Sin duda la persona que dio origen a tan detestable falsedad ya hace tiempo que ha recibido su merecido.»¹⁴ Puede que viviendo el resto de su vida como una babosa.

Los genios científicos de la Ilustración descartaron aquellas fantásticas fábulas sustituyéndolas por sus propias teorías, menos ridículas, aunque no más acertadas. En 1692, Anton van Leeuwenhoek, el pionero holandés de los mundos microscópicos que descubrió tanto las bacterias como las células de la sangre, se alejó de la credibilidad con su hipótesis de que las anguilas, como los mamíferos, eran *vivíparas*, es decir, que sus huevos se fertilizaban internamente y las hembras daban a luz a crías vivas. Pero al menos Van Leeuwenhoek abrazó el contemporáneo método científico basando su suposición en observaciones reales. Había estado observando con su lente de aumento y había visto lo que parecían ser crías de anguila en lo que él supuso que era el útero del pez. Por desgracia, aquellos supuestos neonatos eran en realidad gusanos parásitos que invadían la vejiga de la anguila, y que de hecho Aristóteles ya había observado y descartado como tales casi dos mil años antes.

El botánico y zoólogo sueco del siglo XVIII Carlos Linneo también sostenía que las anguilas eran vivíparas, afirmando ha-

ber visto lo que él creía que eran crías de anguila en el vientre de una hembra adulta. Sin duda, nadie se atrevería a discutir con el padre de la taxonomía (un hombre tan pedante que incluso latinizó su propio nombre como Carolus Linnaeus). Pero apenas quedó otra opción cuando se supo que el gran maestro de la clasificación se había hecho un lío con su especie: la incómoda verdad era que Linneo en realidad no había diseccionado una anguila, sino una imitadora, un animal de aspecto similar hoy conocido como «viruela»; una especie de pez inusualmente vivípara, pero sin la menor relación con la anguila. Eso no significa que sus críticos se basaran en datos más precisos. Una autoridad que revisó el trabajo de Linneo lo reprendió por aquel caso de confusión de identidad; pero, influido por Aristóteles, proclamó que las supuestas crías de anguila descubiertas por el sueco no eran sino gusanos parásitos, sumiendo la propia doctrina del viviparismo en un vórtice de inexactitud y confusión.

A esta noble batalla académica vino a añadirse un valeroso extraño. En 1862, un escocés que respondía al nombre de David Cairncross anunció al mundo que él, un humilde mecánico de fábrica de Dundee, finalmente había resuelto el enigma de la anguila que había acosado a varias generaciones de filósofos y naturalistas. «Finalmente se puede informar al lector de que [...] el progenitor de la anguila plateada es un pequeño escarabajo», afirmó con la arrogancia propia de los auténticos ignorantes.¹⁵ Su entusiasta y científicamente desconcertante teoría —producto de sesenta años de constantes experimentos, según sus propios cálculos— adoptó la forma de un breve libro que llevaba por título *The Origin of the Silver Eel* («El origen de la anguila plateada»).

Cairncross iniciaba su tratado disculpándose por su falta de interés en el aprendizaje de las reglas y normas de la ciencia contemporánea. «No cabría esperar que estuviera familiarizado con los nombres y los términos utilizados por los naturalistas en sus clasificaciones de los diferentes animales, dado que mi conocimiento de tales libros es limitado», señalaba algo a la defensiva.¹⁶ Su solución, poco convencional pero sumamente

conveniente, consistió en «emplear mis propios nombres y términos». ¹⁷ Ello implicaba reinventar la taxonomía animal utilizando tres disparatadas clases que habrían hecho al gran Linneo revolverse en su tumba, y que no servirían sino para crear mayores obstáculos a cualquiera que tratara de descifrar la ya desconcertante teoría del escocés.

El viaje de descubrimiento de Cairncross se inició a la tierna edad de diez años, cuando observó una serie de «anguilas pilosas» (en su propia expresión) en un sumidero abierto. ¹⁸ «¿De dónde pueden venir?», se preguntó. Un amigo le habló de la extendida creencia popular de que las crías de anguila «caen de la cola de los caballos cuando beben, y el agua las hace cobrar vida». ¹⁹ El joven Cairncross se mofó de aquella explicación altamente improbable antes de concebir su propia idea, igualmente inverosímil, inspirada en el número de escarabajos muertos que yacían en el fondo de aquel mismo sumidero. ¿Acaso existía un vínculo entre ambos animales? Aquella fascinante escena ocuparía el pensamiento del escocés durante dos décadas, «haciendo que mi mente volviera a menudo al misterio», recordaba. ²⁰

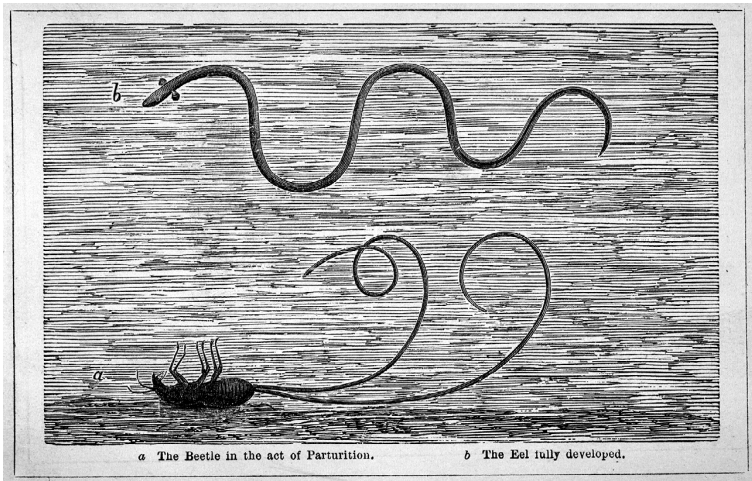
Entonces, un verano, el Cairncross adulto divisó un escarabajo de aspecto familiar en su jardín de Dundee. Lo observó atentamente, tratando de leer sus pensamientos mientras caminaba con determinación hacia un charco y se sumergía en él. Luego, informaba, el escarabajo «miró un momento a su alrededor» antes de abandonar su baño «presa de una gran agitación». ²¹ Se ignora cómo llegó Cairncross a su diagnóstico del estado mental del escarabajo. Pero la única ilustración del libro ofrece al lector una valiosa ayuda para comprender la siguiente y extraordinaria acción del insecto: bajo el rótulo de «El escarabajo en el acto del parto», muestra al insólito héroe de Cairncross tendido patas arriba con lo que parecen ser un par de lazos emanando de su trasero. ²² El escarabajo, según el escocés, estaba dando a luz a dos peces.

Aquel fue el «momento eureka» para Cairncross. Entonces se dedicaba a profundizar en su investigación abriendo escara-

bajos, extirpando «anguilas pilosas» y manteniéndolas vivas durante diversos, aunque un tanto limitados, periodos de tiempo. Admitía sin ambages que su teoría «puede parecer extraña», pero se tranquilizaba a sí mismo observando el comportamiento de diversos «miembros del reino vegetal». ²³ Si una especie de árbol se puede injertar en otra, reflexionó, «¿no podría en consecuencia el Gran Jardinero Creador injertar una naturaleza extraña en la de un insecto?». ²⁴

En los laboratorios modernos se han concebido toda clase de animales Frankenstein: se han injertado orejas humanas en ratones y se han creado peces que brillan en la oscuridad con una acertada dosis de genes de medusa. Pero el «Gran Jardinero Creador» no ha desempeñado ningún papel en ello.

Si Cairncross hubiera planteado su teoría a la comunidad académica, esta habría declarado que sus «anguilas pilosas» no eran sino un caso más de molestos gusanos parásitos, y no el



Por si a alguien le resultaba difícil visualizar cómo un escarabajo podía engendrar un par de anguilas, The Origin of the Silver Eel incluía esta encantadora ilustración con el fin de dar verosimilitud a las descabelladas afirmaciones de su autor. Buen intento, Cairncross, pero a mí sigue sin convencerme.

pez en cuestión en su primera fase de desarrollo. Pero aquel mecánico de fábrica no sabía qué era la revisión paritaria; de modo que no presentó sus hallazgos a la Royal Society para someterlos a un escrutinio serio, sino a un par de agricultores con los que se tropezó cierto día y que le mostraron su perplejidad por la cantidad de anguilas plateadas que había en una acequia de sus tierras. De modo que les expuso su teoría de que aquella profusión de anguilas había salido del culo de un escarabajo, y quedó encantado con su respuesta: «Me creyeron», anunciaba con orgullo, «y se regocijaron con la solución del misterio.»²⁵

Pese al entusiasmo de los agricultores locales, la teoría de Cairncross no logró alterar la trayectoria general de la investigación sobre la anguila. Trabajando afanosamente en un absoluto aislamiento intelectual durante sesenta años y pico, no pudo estar al tanto de los radicales progresos que se estaban realizando en la búsqueda de las gónadas del pez. Lejos de Dundee, la intelectualidad científica europea se dejaba fascinar por «la cuestión de la anguila», y estaba a punto de alcanzar un clímax, o algo parecido.

Lideraban aquel esfuerzo los italianos, que emprendieron la búsqueda de los ausentes órganos sexuales de la anguila como un insólito motivo de orgullo cívico para su atribulada nación.

Los italianos habían cultivado una larga relación con las anguilas que se basaba fundamentalmente en comérselas en grandes cantidades. La anguila es un pez inusualmente graso: una adaptación evolutiva para alimentar su gravosa odisea de 6.000 kilómetros de regreso a su zona de apareamiento en las profundidades del mar de los Sargazos. Por desgracia para la anguila, ese elevado contenido lipídico también la hace especialmente sabrosa, una cualidad que no ha pasado desapercibida. El epicúreo romano Marco Gavio Apicio, autor del que posiblemente sea el primer libro de cocina del mundo, escribió que en los banquetes organizados para celebrar la victoria de Julio César se sirvieron seis mil anguilas. Por su parte, recomendaba: «La an-

guila se hará más apetecible»²⁶ sirviéndola con una salsa a base de «menta seca, bayas de ruda, yemas de huevo duro, pimienta, apio de monte, aguamiel, caldo de vinagre y aceite».²⁷ No es que suene demasiado apetecible, pero en Inglaterra todavía nos gusta comerlas simplemente hirviéndolas y dándoles una consistencia gelatinosa, lo que sin duda constituye uno de los mayores crímenes contra la gastronomía que los británicos hemos cometido en una larga e ilustre tradición de destrozarse la comida. No obstante, y pese a tan toscas recetas, las anguilas constituyen un alimento asociado desde hace largo tiempo a los grandes banquetes y a la gula. Leonardo da Vinci pintó a los discípulos de Jesucristo disfrutando de un plato de anguilas en la última cena, y también se atribuyó a un exceso del escurrido por la muerte del papa Martín IV, tristemente célebre por su glotonería.

Se decía que las anguilas más sabrosas eran las procedentes de Comacchio y los vastos humedales grises que circundan el imponente delta del Po. Esta zona albergaba los mayores caladeros de anguilas de Europa, donde en plena temporada se llegaban a capturar hasta trescientas toneladas de ejemplares en una sola noche, y asimismo era el origen de algunos de los más destacados dictámenes y controversias en torno al sexo de este pez. Estos últimos se iniciaron en 1707, cuando un cirujano local detectó una anguila inusualmente gorda entre los muchos miles de ellas que se habían capturado. Cuando el médico la abrió, observó lo que le pareció un ovario repleto de huevos maduros. A continuación envió la supuesta hembra embarazada a su amigo el estimado naturalista Antonio Vallisneri, quien se apresuró a proclamar que la búsqueda secular de las partes pudendas de la anguila había llegado a su fin. El erudito profesor ya había dado su nombre a la clasificación oficial de una planta acuática conocida coloquialmente como «hierba de anguila» (*Vallisneria*), pero los genitales de la anguila hembra no iban a seguir el mismo camino. Tras un examen más atento, el descubrimiento se descartó como poco más que una vejiga natatoria enferma e inflamada.

El coqueteo de Vallisneri con la victoria inspiró a la mafia científica italiana, que pasó a considerar «un asunto de extrema importancia encontrar los verdaderos ovarios de la anguila».²⁸ Corrían tiempos turbulentos para la incipiente nación, ya que la península estaba ocupada por potencias extranjeras. Y mientras numerosos italianos depositaban sus esperanzas nacionalistas en la revolución, aquel pequeño grupo de intelectuales soñaba, en cambio, con potenciar a sus compatriotas reivindicando el descubrimiento de las escurridizas gónadas de la deliciosa anguila.

Los profesores idearon un plan. En los alrededores de Comacchio se capturaban diariamente miles de anguilas; lo único que tenían que hacer era ofrecer una tentadora recompensa al primer pescador que les proporcionara un espécimen que tuviera huevas. En Alemania, un plan rival se fue al traste cuando el naturalista que lo había urdido recibió por correo tantas asaduras de anguila que no pudo menos que echarse a «llorar y suplicar misericordia».²⁹ El plan italiano, en cambio, no tardó en dar resultados positivos, o eso pareció al principio; pero las celebraciones se interrumpieron al descubrirse que el taimado pescador se había limitado a rellenar su anguila con los huevos de otro pez.

Este humillante golpe enfrió el entusiasmo de los profesores italianos por las anguilas durante unos cincuenta años. Pero en 1777 emergió un nuevo sospechoso, gordo y viscoso, a orillas de Comacchio. El ejemplar fue examinado de inmediato por el anatomista Carlo Mondini, profesor de la cercana Universidad de Bolonia, que hizo un descubrimiento genial: la especie de cintas con flecos que se observaban en el interior del abdomen de la anguila no eran tiras de tejido graso, como se había supuesto previamente, sino los escurridizos ovarios de la anguila hembra.

Los científicos italianos se regocijaron, quizá de nuevo de forma algo prematura. Al fin y al cabo, los testículos de la anguila seguían sin aparecer, y tampoco se tenía todavía una idea mínimamente clara de cómo se reproducía este enigmático pez. Tal vez por ello la misión de completar el rompecabezas genital

de la anguila recayó en un candidato bastante insólito: un joven y ambicioso estudiante de medicina que más tarde hallaría la fama localizando el lugar donde reside el deseo, no en las anguillas, sino en los seres humanos. Se llamaba Sigmund Freud.